

Rafael, el niño que salvó a cuatro asaltantes



26 DE JULIO
Victoria de ideas



A 64 años de los sucesos del 26 de Julio, Corrales Urquiza recuerda los acontecimientos

Por YELANDI MILANÉS GUARDIA
Fotos RAFAEL MARTÍNEZ ARIAS

EL reloj marcaba las 5:15 de la madrugada del 26 de julio de 1953, y Bayamo despertaba alarmado por una sinfonía de balas. El cuartel Carlos Manuel de Céspedes era atacado por los jóvenes del Centenario, quienes estaban dispuestos a derrocar la tiranía batistiana.

Breves minutos duró el enfrentamiento, por la resistencia de los soldados y al fallar el factor sorpresa, los mozos atrevidos no tuvieron otra opción que el repliegue en varias direcciones.

Comenzaba entonces una cruel persecución de los guardias y policías batistianos para cobrar con sangre tamaño osadía.

Lejos del cuartel se encontraba Rafael Corrales Urquiza, un niño de 13 años que jamás imaginó el papel que desempeñaría en la ayuda y salvación de un grupo de asaltantes.

“En ese tiempo yo trabajaba con un carretón y había escuchado por la mañana diferentes versiones del asalto, algunos decían que se habían enfrentado los mismos guardias y otros hablaban de un ataque protagonizado por jóvenes, pero los comentarios eran confusos”.

EL INESPERADO ENCUENTRO

“Me fui para la casa de Luis Pérez Iglesias, mi jefe, situada donde hoy está el taller del Minint. Afortunadamente, los dueños del hogar salieron y me quedé solo atendiendo unos animales.

“De pronto, estoy pasándole el cepillo a un caballo y al mirar para el frente veo a cuatro hombres vestidos con uniforme militar avanzando, me silban, y en ese momento intuyo que eran los del comentario, quienes fácilmente se con-

fundían con guardias. Luego supe que era el grupo de Nico López, Calixto García Martínez y dos compañeros más.

“Les indico un hueco por donde entrar, pero se confunden y salen a la carretera. Rápidamente voy en su auxilio y veo a Nico López, un hombre alto, que traía una pistola, los otros iban desarmados. Nico me pide agua y café”.

Aunque Corrales Urquiza era un muchacho de poca cultura se percató del posible chivatazo, y les propone esconderlos en un ranchito o un campito de yuca, pero ellos no estuvieron de acuerdo.

Por su manera de hablar, nota, inmediatamente, que Nico era el jefe: “Él me pidió ropa civil y le expliqué lo difícil de coger algunas prendas de allí. La única alternativa era salir a buscarlas, porque por lo menos él necesitaba unas muy grandes. Entonces, dice ‘no importa’ y anuncia la partida.

“De momento llega a la casa una camioneta de repartir leche y aunque era muy endeble ellos querían irse ahí, al final no se decidieron porque les recordé la persecución. Entonces preguntan si los puedo sacar de allí, y les digo que no muy lejos, porque debo regresar rápido.

“Salimos por la zanja izquierda de la carretera rumbo a Holguín, con la intención de meterlos en el marabú. Los acompaño hasta La Atalaya, un lugar cerca del aeropuerto. Nico me da las gracias y vuelvo corriendo.

“Solo habían transcurrido unos 10 minutos de mi regreso cuando entra a la casa el sargento Capote y me pregunta por ellos. Yo le hablo inteligentemente de cuatro militares, pero no les digo para dónde habían cogido.

“Buscó en varios lugares del inmueble conmigo y de tanto meterme y sacarme me rompió la camiseta. Luego llegó un

cabo menos violento preguntando por los asaltantes.

“Después supe que a Vega, el dueño de una avioneta, lo pusieron a hacer exploración, pero a mis recién conocidos no los vieron. Evidentemente, temía por ellos, porque me dijeron que habían matado un grupo en Ceja de Limones, el día 27, y pensé lo peor”.

Según indagó Corrales Urquiza, los cuatro salieron de los marabuzales para la tienda de la comunidad de Santa María. En el sitio, el dueño, llamado Regino, negoció un reloj con Nico y le facilitó la ropa. Rápidamente cogieron una guagua y salieron rumbo a Occidente.

Por las sospechas de su colaboración, el niño fue víctima de registros y análisis, como si se tratara de un asesino y no de un infante. Ese día fue importante no solo para él, porque varios bayameses facilitaron y apoyaron la huida de los revolucionarios.

“Intercambié con ellos alrededor de una hora y media, pero eso significó mucho para mí. Sin embargo, lo más curioso fue que años después descubrí a quienes había ayudado, cuando veo una foto de Nico en un libro de Historia. Desde entonces me sentí muy orgulloso.

“Lamentablemente, la represión fue grande, pues Batista dio la orden de asesinar 10 asaltantes por cada soldado muerto”.

A Corrales Urquiza le alegra saber que dos del grupo, Nico López y Calixto García Martínez, no desistieron de la lucha y se convirtieron en grandes figuras. El primero trabajó en la organización del Movimiento 26 de Julio.

Partió hacia México para dedicarse a los preparativos de la expedición del yate Granma, allá tuvo el privilegio de propiciar el encuentro de Fidel con Ernesto Guevara. Tras el desembarco y la dispersión de Alegría de Pío, fue asesinado por guardias batistianos.

Su papel en las acciones del 26 de Julio en Bayamo fueron tan importantes, que el otrora cuartel Carlos Manuel de Céspedes hoy lleva el nombre de Parque-museo Nico López.

En el caso de Calixto García Martínez se exilió en Costa Rica. Viajó a México para formar parte de la expedición del yate Granma, que desembarcó el 2 de diciembre de 1956. Tras el revés de Alegría de Pío, integró el núcleo inicial del Ejército Rebelde y participó en varios combates.

Fue ascendido a comandante en 1958 durante la Guerra de Liberación, y luego del triunfo de la Revolución alcanzó el grado de General de Brigada de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR).

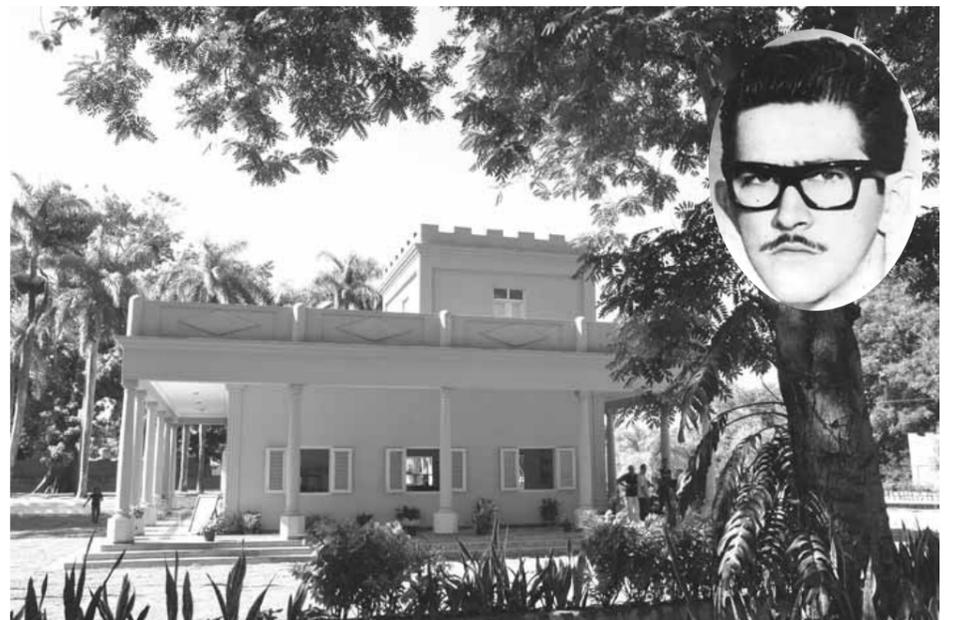
Ocupó cargos importantes, como jefe de los ejércitos Oriental y Central, de la Dirección de Retaguardia de las FAR, del Estado Mayor de la Agrupación de Tropas de la Defensa de La Habana y del Departamento Militar del Comité Central del Partido.

LA ACCIÓN ARMADA NO FUE EN VANO

El protagonista de esta historia, además de la satisfacción por salvar la vida de los revolucionarios, resalta el significado del ataque: “El asalto sirvió para incitar a la lucha y despertar la clandestinidad en las ciudades, labor a la que me incorporé inmediatamente”.

Aquel niño también sufrió detenciones por sus actividades contra el gobierno y se alzó en la Sierra Maestra siguiendo el ejemplo de aquellos valerosos jóvenes.

Convencido está de que la Generación del Centenario hizo aquella hazaña y tuvo ese atrevimiento por contar un líder como Fidel, a quien dedica su relato, porque gracias a ese “pequeño motor que encendió otro más grande” -como auguró el Comandante en Jefe- Cuba es un país libre.



Parque-museo Nico López, otrora cuartel Carlos Manuel de Céspedes

